

# El sueño reiterado

*Emiliano / Gironella / Zapata*

Jean Meyer

No soy crítico ni tampoco historiador del arte. Me obligan a escribir sobre Zapata y Gironella, sobre Emiliano y Alberto, y hago cuanto puedo porque siento que tengo una deuda con Gironella; sin embargo, déjenme decir que quien debió de escribir es mi amigo Jack Womack, el autor del libro que leía y releía Gironella cuando preparaba, en 1972, su gran *Entierro de Zapata y otros enterramientos*; ese libro aparece en unas cajas ensambladas en 1977, con fotos de Zapata y muchas, muchas corcholatas clavadas. En fin... la culpa no será mía.

Primero Zapata y los suyos. Los zapatistas son muy diferentes de estas corporaciones militares autónomas que son los ejércitos villistas o carrancistas, y nunca tuvieron los medios para serlo. Sin trenes, sin caballería, sin operaciones fuera del territorio en el que reclutan sus bandas. Hombres diferentes en una guerra diferente. Ya no el norte sino el sur. En el interior de lo que se ha convenido en llamar la Revolución Mexicana, el zapatismo es una "isla de confusión" (Vasconcelos), y sus soldados son los únicos campesinos enraizados de todos los ejércitos presentes en el movimiento.

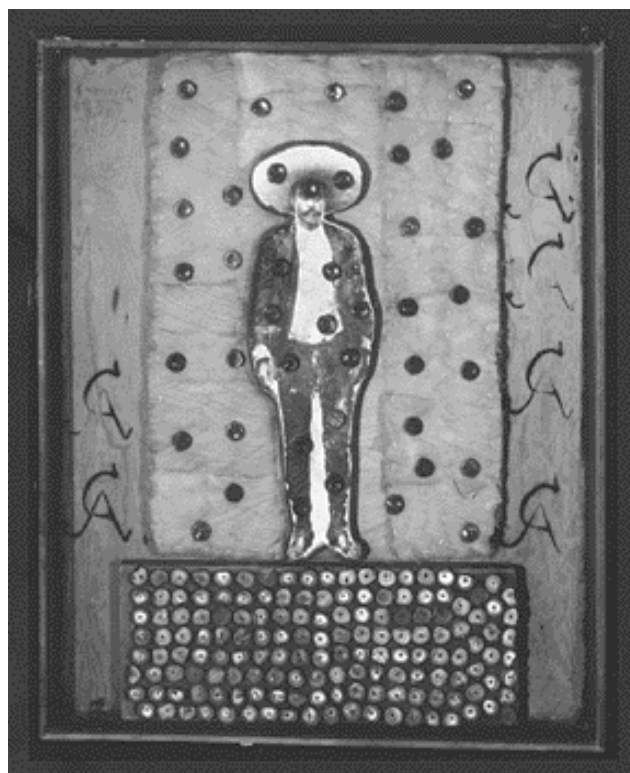
En ese momento profundamente indígena, perturbado por la caña de azúcar y la modernización, los pueblos, todavía potentes y de ninguna manera destruidos, estaban a la defensiva cuando sobrevino la Revolución de 1910, oportunidad ofrecida a la venganza, al contraataque. ¿Qué querían los zapatistas? Poca cosa y a la vez todo: "que el campesino deje de sufrir". ¡Qué programa! Respetaban la hacienda que formaba parte del horizonte cotidiano, la reforma agraria era recuperar las tierras per-



Alberto Gironella, *Zapata*, 1957



Alberto Gironella, *Zapata*, 1989-1993



Alberto Gironella, *Zapata*, 1972

didadas, hacer que se reconocieran sus derechos, su lugar, que se respetaran el pueblo, la parcela individual, las aguas, los bosques, los agostaderos.

La extrema democracia del movimiento realizaba un viejo ideal utópico de la asociación libremente consentida de los clanes rurales, y el ejército zapatista, lejos de ser un cuerpo autónomo como el de los vagabundos de Villa, era simplemente una liga armada de municipalidades. En 1914, cuando hubo un simulacro de paz, los pueblos regresaron a la vida civil.

A partir de estas dos características principales, tradicionalismo y democracia (tradicionalismo que toma a veces el aspecto de levantamiento indígena: como el grito “¡muerte a todos los que usen pantalón!”), el pantalón era usado por el blanco, el citadino, el campesino usaba el calzón largo y ancho de manta blanca que el porfirismo perseguía como indecente y bárbaro), se pueden desprender todas las debilidades del movimiento. La democracia extrema tiene como consecuencia la aversión por la disciplina, cada jefe, cada soldado, puede seguir su

camino un día u otro; la igualdad absoluta quiere que cada uno sea tratado de igual manera sin considerar las circunstancias. Simbólicamente ningún zapatista se vistió de aquí ni usó el fieltro tejano como los villistas y los carrancistas. No había uniforme, eso era una afirmación tanto de civismo igualitario como de pobreza.

El individualismo y la subjetividad están estrechamente ligados al defecto precedente. Los chismes, las calumnias, las envidias hacen estragos terribles. Cada uno tiene su idea y crítica sin realismo, se fija en los detalles, nota los defectos personales, y de allí surgen sangrientos arreglos de cuentas. El soldado corre el riesgo de serle más fiel al jefe que al movimiento y todo conduce al oportunismo militar y político, al aventurismo, al bandidaje. Después de 1916, cuando sufren la ofensiva de los carrancistas victoriosos, al borde del derrumbe moral, los jefes se pelean entre sí, y lo que es más grave, se conducen en los feudos de sus rivales, e incluso en los suyos propios, como sus enemigos. Pierden entonces la base popular que había

Han pasado cuarenta y seis años desde el primer Zapata de Gironella (1957) y el último nace al final de la vida de Alberto, en las horas nuevas del EZLN; son más de noventa años de vida de México, algo mucho más fuerte que una sencilla obsesión personal.

sido suya y los pueblos colocados entre dos fuegos ya no saben a qué santo encomendarse.

Una debilidad más grande es la que Womack, el excelente historiador del zapatismo, llama el parroquialismo, y que se podría precisar como el espíritu de campanario. ¿Qué otra visión habrían podido tener los campesinos que producen para comer, formados por el aislamiento cultural que este género de economía imponía a la comunidad? Los campesinos saben poca cosa de Morelos, todavía menos de la nación y del resto del mundo. Absorbidos por su agricultura de subsistencia, por su vida familiar y por el combate por el pan cotidiano, estaban sometidos a lo que Marx llamó la “imbecilidad” de la vida rural. Su idea, la idea que Zapata tenía de una buena sociedad, era la de un mundo en el que cada quien tuviera sus cuatro hectáreas, su casa, ropa y comida en abundancia. Esta utopía igualitaria no los arrastraba hacia la Revolución tal como ésta se hacía a escala nacional. Esto se vio claro en ocasión del fracaso de la alianza con Villa. Los zapatistas no tenían ningún deseo de morir para conservar Puebla, que era una posición estratégica de enorme importancia, cuyo control permitió a Obregón vencer a Villa en Celaya, desdefiando soberbiamente al enemigo zapatista que había regresado a sus campos en Morelos.

Zapata presentía confusamente sus debilidades y su aislamiento, para remediarlos invitó inocentemente a los “hermanos de las ciudades” a unirse a sus “hermanos del campo”. Por las mismas razones mostró un gran oportunismo político. Se preocupa de los Estados Unidos, pide a Felipe Ángeles que hable con el mariscal Foch, puesto que ha viajado a Francia, espera una intervención de los aliados en 1919.

Se faltaría gravemente a la verdad si no se mencionara el papel de la religión. Es François Chevalier quien ha llamado la atención sobre este aspecto voluntariamente olvidado del zapatismo, que lo separa de los movimientos jacobinos o anarquistas con los cuales se le ha comparado muy frecuentemente. En tanto que los carrancistas queman las iglesias y fusilan a los padres, los zapatistas los protegen y se preocupan por tener capellanes para sus tropas. Los curas continuaban celebrando en Morelos y hubo un momento en que todo el episcopado estaba en el exilio, mientras que la diócesis de Cuernavaca conservaba a su obispo, monseñor Fulcheri, protegido personalmente por Zapata. Fue un cura quien pasó a máquina la primera copia del Plan de Ayala, y siete sacerdotes por lo menos fueron fusilados o colgados por simpatías zapatistas. Cuando Zapata entra a la Ciudad de México porta el estandarte de la Virgen de Guadalupe y hace reabrir las iglesias cerradas por los carrancistas.

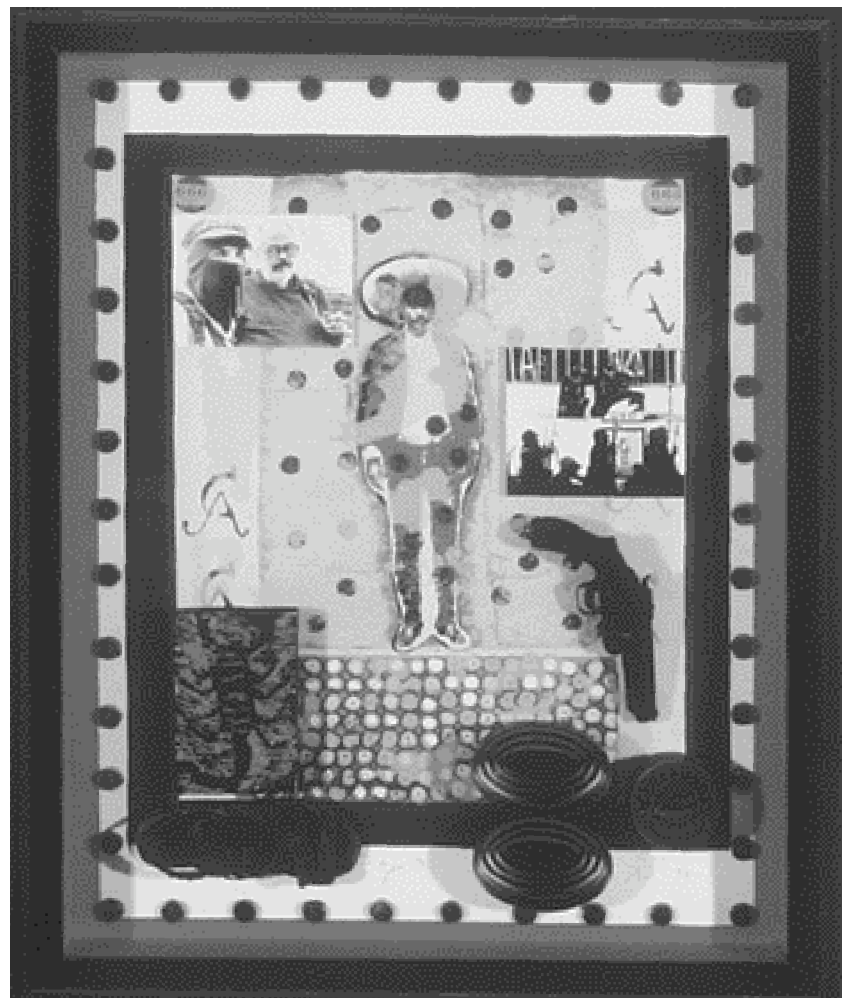
Una última palabra para concluir respecto a estos hombres que seguían a Zapata como a un profeta y recla-

maban la tierra y la libertad; fueron bárbaros, aunque su violencia se reflejó sobre todo contra ellos, pero honestos; si eran destructores, no tenían la idea de llenarse los bolsillos como esos destructores de otro modo eficaces que fueron los carrancistas. Es por ello que los zapatistas, al igual que los villistas, a quienes la prensa carrancista trataba de “bandidos” en 1914 y 1915, inspiraban menos temor a los civiles que las fuerzas gubernamentales.

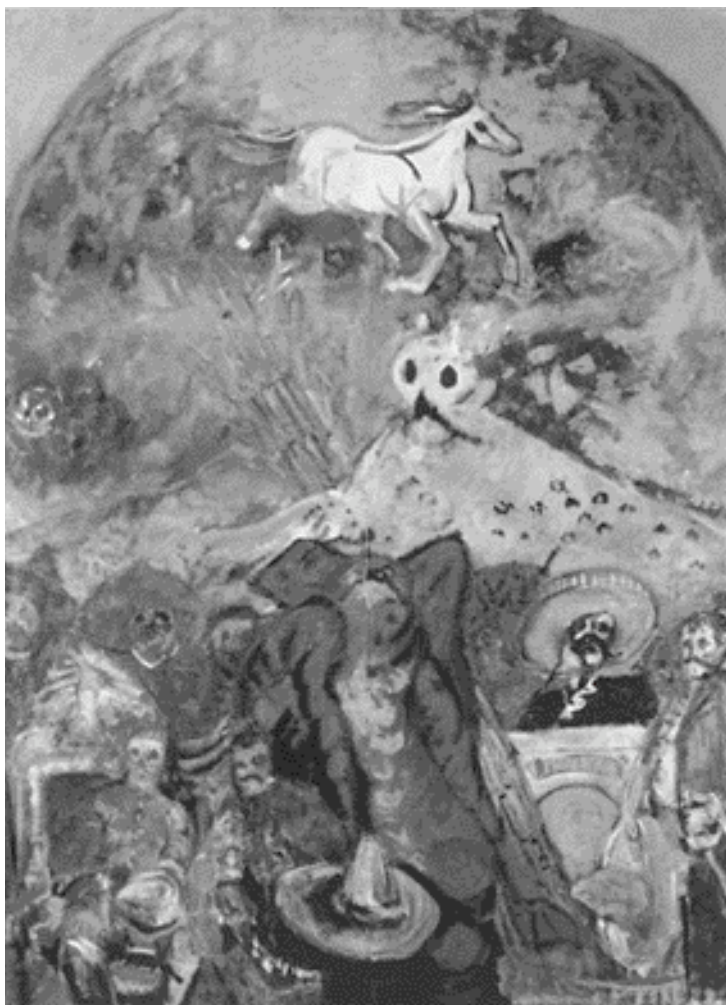
Y ahora, Gironella.

Zapata muere en 19, Gironella en 999. En uno de los numerosos cuadros de la muerte de Zapata, Emiliano va acompañado de un enorme 666; en el Apocalipsis de San Juan esa cifra es la de la Bestia... la bestia que mandó matar a Zapata. 999 es 666 volteado.

Han pasado cuarenta y seis años desde el primer Zapata de Gironella (1957) y el último nace al final de la vida de Alberto, en las horas nuevas del EZLN; son más de noventa años de vida de México, algo mucho más fuerte que una sencilla obsesión personal. El Zapata de 1957 sale de la foto superconocida, atribuida al gran Hugo Brehme (¿mayo de 1911?), que inspiró a Diego Rivera para su mural de 1929-1930. Gironella transforma la banda de general en banda tricolor del Presidente de la República, borra el contexto y los demás personajes, planta a Zapata en un paisaje bermejo, sembrado de maguays, huesos y calaveras. Todo está dicho. A mil



Alberto Gironella, *Zapata o Viva Zapata ¡CABRONES!*, 1989-1993



Alberto Gironella, *Entierro de Zapata y otros enterramientos*, 1972



Alberto Gironella, estudio para el mural *Entierro de Zapata y otros enterramientos*, 1972

leguas de la propaganda oficial, de la recuperación por el agrarismo de Estado de Cárdenas a Miguel Alemán. Ahí está la muerte del pueblo. Dice Francisco Calvo Serraller:

La ardiente agua que ponía en erupción la volcánica imaginación de Alberto era lo legendario; esto es las historias que hay que coger al vuelo, porque aparecen y desaparecen como por ensalmo, cuando la propia historia es aún una fascinante colección de mitos. [...] Entre las devociones de Gironella pronto irrumpió un cortejo fantasmal de reinas e infantes velazqueñas y luego Zapata después de las visiones doradas de *El entierro del Conde de Orgaz* por el Greco.<sup>1</sup>

En 1972, en la Sala Nacional del Palacio de Bellas Artes expone su *Entierro de Zapata*.

Desde 1957 quería pintar a Zapata, quería y no pude... El nopal todavía no daba tunas. Y aún no está pintado Zapata, la gran versión que voy a hacer [Alberto se concentra nuevamente en el niño que sostiene en brazos].

<sup>1</sup> "Cuatro Ojos", en *Alberto Gironella. Primer aniversario, Estampas*, Instituto Veracruzano de Cultura, 1999, pp. 8 y 9.

Ésta es mi verdadera obra maestra, se llama Emiliano, tiene un mes.<sup>2</sup>

Cuando le preguntan cómo llegó a Zapata dice:

Hernández Campos me encargó a Zapata porque soy un pintor aristócrata. A Emiliano Zapata, el único pintor que lo podía pintar soy yo. Y no fui yo quien empezó con él, sino otros zapatistas elegantes como el doctor Baz y el papá de Octavio Paz, tipos aristócratas.

Dijo a José de la Colina:

Un día vi una foto del cadáver de Zapata rodeado de campesinos mirando al cielo, y esa imagen era idéntica al cuadro de El Greco, *El entierro del Conde de Orgaz*. Entonces me dije que las cananas podían ocupar el puesto de la gola. Hice primero un solo cuadro, pero un día, Jorge Hernández Campos, entonces director del INBA, me llama y me dice: "Gironella, queremos que pintes el entierro de Zapata". Era un encargo, fíjate, como lo fue el cuadro del Greco. ¡What a coincidence! Yo pinté a

<sup>2</sup> Blanca Haro, "Conversación con Gironella", *Revista Mexicana de Cultura*, diciembre, 1972.

Zapata como quedó: como criba, como cedazo. Porque hay políticos a quienes les interesa que Zapata esté vivo... vivopara los vivales. En cambio, un Zapata muerto, acribillado como un cedazo, eso “no vende”, ni está bien para inaugurar esculturas en las plazas. Por eso escandalizó mi exposición.<sup>3</sup>

En efecto, ¡bonito escándalo!, me lo contó mi amigo Louis Panabiere en aquel entonces, cuando me encontraba fuera del país. Le costó su puesto a Jorge Hernández Campos, lo que, frente a la Historia, es un honor. Como decía Octavio Paz:

El arte público de México es un arte estatal, hinchado como un atleta de circo. Su único gran rival es el arte soviético. Nuestra especialidad es la glorificación de las figuras oficiales —sobre todo ex funcionarios de los gobiernos recientes— pintados o esculpidos con el conocido método de la amplificación, producción en serie de gigantes de cemento. Una vegetación de pesados monolitos cívicos aplasta nuestros parques y plazas.<sup>4</sup>

Paz, hijo de zapatista, le había dedicado mucho espacio a Zapata en *El laberinto de la soledad*: el subsuelo, las raíces, lo telúrico; “Zapata está antes y tal vez, si México no se extingue, estará después”. Ese Zapata ajeno a la historia oficial, al uso político, le sirvió a Gironella de emblema a lo largo de su vida.

Así se entienden sus palabras de 1972:

Yo creo que el *Entierro de Zapata y otros enterramientos* no es un “enterramiento”, sino una resurrección. Al situar a Zapata en el Palacio de Bellas Artes, que entre otras cosas es una tumba de mármol frío y símbolo negro de lo que fue el porfiriato, lo hice para demostrar, simbólicamente, que este gran hombre de nuestra revolución aún está vivo y que sus caminos aún son caminos.<sup>5</sup>

Y ese monstruo rojo, ese como animal que cubre parte del cuadro, ¿qué es? Pregunta la periodista.

—El monstruo es la Historia de México.<sup>6</sup>

[Al copiar esa contestación en forma de flamazo, entiendo por qué Gironella se interesaba también por los cristeros y me acuerdo que los zapatistas sobrevivientes participaron en la cristiada.]

En los años ochenta, Gironella volvió a pintar a Zapata en varias ocasiones, especialmente en 1989, año



Alberto Gironella, estudio para el mural *Entierro de Zapata y otros enterramientos*, 1972

de su *Zapata con balazos*, en 1994 recibe el levantamiento en Chiapas como una epifanía y afirma que el levantamiento (neo) zapatista “que simboliza tan bien el pasamontañas del subcomandante Marcos, es lo más importante que ha pasado en los últimos años en México”. Viaja a la Convención del EZLN, conoce a Marcos, quien apunta:

Nos entregó una pintura magnífica de Emiliano Zapata, salpicado de balas y corcholatas. Tacho, o alguien más, no recuerdo, tomó la pintura y la colocó en el pequeño podio de Aguascalientes. El Zapata de Gironella presidía la sesión cuando sobrevino la tormenta del día 8. En el naufragio de esa noche desapareció la pintura.<sup>7</sup>

Zapata aparece en un *collage* de 1994 con Marcos y Gironella, y en 1998 tanto en las ilustraciones de *Tira y Banderas* de Valle Inclán como en *Potlatch de Alberto Gironella a Octavio Paz*.<sup>8</sup>

<sup>3</sup> Alberto Gironella, México, BITAL, 2002, p. 186.

<sup>4</sup> “Conversación con Octavio Paz”, por Claude Fell, *Plural*, 50, noviembre, 1975.

<sup>5</sup> “A René Lisal”, Suplemento de *El Universal*, 3 de diciembre, 1972, p. 9.

<sup>6</sup> Blanca Haro, *Revista Mexicana de Cultura*, diciembre, 1972.

<sup>7</sup> *Los diálogos de Alberto Gironella*, Catálogo de la exposición Museo de la Ciudad de México, Tecnológico de Monterrey, campus México, 2000.

<sup>8</sup> XXVI Festival Internacional Cervantino, sin fecha ni paginación.



Alberto Gironella, *Emiliano*, 1980

Que concluya Carmen Parra, autora del último texto de Potlatch, *Beltenebros el inefable*.

Zapata irrumpió en su vida, y antes que lo hiciera en Chiapas, resurgió en su exposición de Bellas Artes. Seguro que con su arte se adelantó al tiempo, regresó con el mismo caballo blanco que se ve todavía cabalgar a Zapata en Morelos. Nos lo echa en cara en la exposición de Bellas Artes

en 1972, el sueño de Zapata se reveló en Bellas Artes: las cañas de azúcar, los costales, los yugos se apoderaron de la Sala Nacional y desde ahí se fue caminando a Chiapas y llegó a La Realidad con su Zapata a cuestas para la convención convocada por Marcos. [...] Defender el arte a ultranza fue su cometido, era un general de la guerra de la imaginación. En constante batalla muere haciendo un homenaje a Nietzsche a los cien años de su nacimiento. **U**